

satos y corteses el pensamiento de los poderes públicos: «El gobierno desea que la ley religiosa sea observada: en todas partes da el ejemplo, pero no quiere ni debe hacer más: eso es para cada cual una cuestión de libre conciencia que no admite presión ni intimidación.» Este lenguaje respondía al estado general de los ánimos, y sobre todo hubiera sido excelente si en las esferas oficiales no se hubiesen cansado pronto del buen ejemplo prometido.

La rigurosa restricción de los privilegios universitarios formaba el último *desideratum* del episcopado. Aquí la contrariedad fué mayor, pues los católicos no solamente no ganaron nada, sino que perdieron una de sus ventajas.

La ley de 15 de marzo de 1850, en el pensamiento de sus autores, tenía por objeto no sólo abolir el monopolio universitario, sino también sentar sobre bases nuevas el gobierno de la instrucción pública. Con tal objeto había creado en París, con el nombre de *consejo superior*, una asamblea compuesta de los delegados de los grandes cuerpos del Estado, del clero, de la magistratura y de la enseñanza oficial ó privada. En la capital de cada departamento se había organizado, con el nombre de *consejo departamental*, otra asamblea de menor categoría, pero formada de elementos semejantes, en que el prefecto representaba al gobierno, el obispo la religión y los delegados del consejo general ó de la magistratura el espíritu local y de familia. La dirección de la instrucción pública había de pertenecer á estos representantes de las autoridades sociales, y no á la Universidad. Para substraer á todo menoscabo aquellos consejos y en particular los consejos departamentales, se había tenido el cuidado de limitar la jurisdicción de los rectores y se había multiplicado su número á fin de restringir la influencia de cada uno de ellos. Se habían instituido ochenta y seis rectores, uno para cada departamento. Estos funcionarios conservaban sin duda la alta dirección de los establecimientos universitarios; pero muy eclipsados por el prefecto, el obispo y los funcionarios judiciales, no podían ya aspirar á una especie de manumisión sobre la educación de la juventud. La Universidad seguía siendo corporación docente y en muchas cosas privilegiada, pero no era ya poder directivo: esta alta magistratura de la enseñanza descansaba enteramente en los consejos, en el superior y en los departamentales, y este era uno de los caracteres distintivos, quizá el más original, de la ley de 1850.

Pues bien: durante la legislatura de 1854, el gobierno propuso substituir los modestos rectores departamentales por diez y seis rectores que administrasen, con el nombre de *Academia*, una jurisdicción compuesta de cinco ó seis departamentos y se apoyasen en un consejo llamado *consejo académico*, donde el elemento universitario estuviese en mayoría. Las consecuencias eran fáciles de prever. En buena lógica, la libertad subsistía. Pero la ley de 1850 era alterada en uno de sus pensamientos principales. ¿Qué iba á resultar de los consejos departamentales en presencia de aquel poderoso rector, en presencia de aquel consejo académico en que la Universidad predominaría? ¿Les sería posible, en sus límites territoriales, conservar en materia de educación la autoridad tutelar de que habían sido investidos por el

legislador? Aquellos mismos rectores, asimilados en lo sucesivo por la extensión de su jurisdicción á los primeros presidentes y á los procuradores generales, ¿se contentarían con dirigir los establecimientos oficiales, ó querrían recuperar ó reivindicar en su distrito aquella dirección general reservada desde hacía cuatro años á los delegados de la magistratura, del clero y de los cuerpos constituidos?

En el nuevo proyecto, el episcopado y los católicos vieron una primera revancha de la Universidad. El gobierno no perdonó medio para calmar los temores. Dijo que el proyecto no tenía más objeto que crear grandes centros de instrucción y reanimar la enseñanza superior casi extinguida: en vísperas de la discusión pública, el *Monitor* fué consagrado á acreditar esta tesis. A pesar de todo, la desconfianza subsistió. En la prensa católica las reclamaciones fueron vivas; y lo hubieran sido aún más si una amonestación oportuna infligida al *Amigo de la religión* no hubiese probado los peligros de la crítica. En la Cámara de los diputados, los señores de Andelarre, Anatolio Lemerrier y Montreuil combatieron á los oradores oficiales. A la hora del escrutinio, una oposición de treinta y nueve votos (oposición considerable para la época) reveló la repugnancia de ciertos católicos á cambiar ó mutilar en nada la obra de la Asamblea legislativa.

Estas decepciones no alteraban sensiblemente las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que, después de todo, seguían siendo excelentes. Sin embargo, ciertos ligeros matices daban á conocer que el entusiasmo se había entibiado un poco. Las pastorales ya no hablaban de Carlomagno: se limitaban á manifestar una aprobación tranquila y una seguridad serena para lo porvenir. Al recibir los homenajes que se les seguía prodigando, los obispos dejaban traslucir de vez en cuando algún pesar discretamente reprimido. A principios del Imperio, algunos habían esperado una verdadera contra-Revolución. La realidad, aunque muy satisfactoria, les parecía algo mezquina, comparada con la ilusión. Habían esperado un libro, y el libro se detenía en el prefacio.

IV

Quizá la Iglesia hubiese llevado á cabo sus reivindicaciones si el emperador, por su parte, hubiese obtenido un testimonio de deferencia que á sus ojos hubiese realzado su poder y satisfecho sobre todo su vanidad. Uno de los principales cuidados de Napoleón III consistía en imitar á su tío. Como Pío VII había venido á París para coronar al autor del Concordato, figuróse que no sería difícil decidir á Pío IX á la misma condescendencia con él.

El soberano no confió sus ambiciones y deseos á la embajada de Francia. La negociación era de naturaleza demasiado delicada para que hubiesen de quedar huellas en las cancillerías. Si el proyecto fracasaba, importaba que pareciese que no se había intentado. Además Napoleón era aficionado á las misiones secretas, paralelas y á veces contrarias á las gestiones oficiales. Este episodio de diplomacia sacerdotal y cesariana merece ser referido.

Parece que el primer negociador fué, no un cura, sino

un militar. En 1852, el general Cotte, ayudante del emperador, muy conocido por sus sentimientos piadosos, fué á Roma y sondeó al Padre Santo sobre sus intenciones. Ignoramos lo que contestó el papa. Lo que sabemos es la acogida dispensada á un segundo enviado que poco tiempo después, hacia el mes de octubre, llegó al Vaticano.

Este enviado era monseñor de Bonnechose, obispo de Carcasona, prelado muy eminente, de mucha influencia, igualmente afecto al emperador y á la Iglesia, dotado de la alta reserva y gran porte del antiguo clero francés, muy apto para la diplomacia y nada desdoso de las cosas humanas. El papa le dió á conocer confidencialmente las proposiciones ya traídas por el general Cotte. Añadió que no le repugnaba ir á Francia, pero que temía que la coronación realizada en París fuese para las demás potencias motivo de celos y envidia. «¿No sería posible que la ceremonia se celebrase en Roma?» preguntó monseñor de Bonnechose. Y añadió con cierta ironía: «El emperador no puede ofenderse de que se le proponga el ejemplo de Carlomagno.» Las negociaciones se traslucieron algo. Varios obispos franceses, que se hallaban entonces en Roma, fueron consultados, particularmente monseñor Rouvier, obispo del Mans. Monseñor de Salinis, obispo de Amiéns, prelado tan entusiasta por el Imperio como lo había sido por todos los regímenes anteriores, llegó poco tiempo después y también recibió sin duda algunas confidencias. Sin embargo, á los ojos del Padre Santo, como á los ojos de monseñor de Bonnechose, una cuestión dominaba á todas las demás: «¿Cuál sería el precio de tan gran concesión?» La revisión de los Artículos orgánicos acudía naturalmente al espíritu. El papa encargó á uno de los prelados del Vaticano, monseñor Santucci, que preparase una exposición no solamente de este asunto, sino también de todas las demandas de la Iglesia. En 17 de enero de 1853, recibiendo al obispo de Carcasona en audiencia de despedida, le entregó la memoria de su secretario: «No son más que los principios,» hizo observar el Padre Santo; y dió á comprender que transigiría sobre ciertos puntos y reduciría, si fuese necesario, sus pretensiones.

Pocos días después, monseñor de Bonnechose llegó á París precisamente en el momento en que la capital se engalanaba para el casamiento del emperador. Tuvo dos entrevistas con el soberano, quien le manifestó sus grandes deseos de ser coronado y le interrogó con ansiedad acerca de las disposiciones de Pío IX. «Oficialmente no sé nada, contestó monseñor de Bonnechose; el papa está muy dispuesto, pero la cosa presenta grandes dificultades.» Al emperador correspondía allanar una de ellas, la referente á los Artículos orgánicos. Napoleón III adelantóse á la objección diciendo: «Comprendo muy bien que el papa no pueda transigir sobre ciertos principios; pero yo también tengo que tener en cuenta la preocupación pública.—Sin duda, contestó el obispo; pero á falta de un convenio sinálgmático, Vuestra Majestad puede, sin la intervención del papa, cambiar ciertas disposiciones desfavorables á la Iglesia substituyéndolas por otras mejores.—No, no, quiero hacer un concordato é introducir en él todas las atenuaciones compatibles con el estado de la opinión.» Y el emperador puso fin á la entrevista despidiendo al prelado con

estas palabras: «Os mandaré á llamar si viene al caso (1).»

Al parecer no le volvió á llamar. Relativamente á la coronación, Napoleón tenía en Roma otro depositario de sus pensamientos en la persona de monseñor de Segur.

Nuestra generación recuerda aquel anciano tan activo á pesar de su ceguera, tan metido en todas las obras de beneficencia, y cuyo rigor doctrinal era temperado por una indulgente bondad tan grande que ni sus adversarios hubieran podido verlo sin quererlo. Monseñor de Segur era entonces un joven cura, recién salido del gran mundo para el sacerdocio, muy en evidencia por su familia, por sus notables cualidades de inteligencia y sobre todo por su santidad siempre la misma, amable y jovial. Napoleón le vió y quedó encantado de su porte y de su espíritu, y le sedujo á su vez sin reserva. En la primavera de 1852 le envió á Roma como auditor de la Rota. Allí, gracias á su parentesco con monseñor de Merode, fué introducido en el Vaticano y se captó en seguida la benevolencia paternal de Pío IX.

El emperador no podía encontrar mejor intermediario. Establecióse una correspondencia entre el poderoso monarca y el cura. A Napoleón le gustaban estos contrastes, y de la misma manera que se complacía en relaciones contradictorias, sus cartas circulaban por círculos muy diferentes. En aquellas cartas (á juzgar por lo que de ellas se ha conservado) Napoleón mostraba los mejores sentimientos, el mayor celo por la Iglesia, persuadido, y no sin razón, de que cada uno de sus pensamientos sería llevado á los pies del Padre Santo. En la primavera de 1853, juzgando que la solución no podía ser diferida por más tiempo, decidióse á practicar una gestión decisiva.

El 8 de mayo, aprovechando la ocasión de que un prelado italiano, monseñor Ricci, marchaba á Roma, el emperador le confió una carta para el Sr. de Segur. Bajo el mismo sobre había otra carta para el Padre Santo y en la cual Napoleón III suplicaba lisa y llanamente á Pío IX que viniese á París á coronarlo. Tan pronto como se halló en posesión de aquellos importantes despachos, el joven auditor de la Rota se presentó en el Vaticano. El Soberano Pontífice abrió lentamente el mensaje, lo leyó una y otra vez con atención profunda, escindiendo ciertas palabras, apoyando sobre ciertas sílabas y manifestando una satisfacción visible. Terminada la lectura, Pío IX exclamó: «*Ecco una magnifica lettera*» (he aquí una magnífica carta). La reflexión moderó luego el entusiasmo de su alegría, y el Padre Santo añadió: «Hay dificultades, grandes dificultades.» En el acto indicó dos: la primera provenía de Austria, que estaba á punto de concluir un Concordato ventajoso para la Iglesia y que se ofendería de una preferencia injustificada; la segunda estaba en los Artículos orgánicos. Aquí la voz del Padre Santo se animó: «Hay artículo de esos que es un bofetón para mí,» dijo emocionado (2).

No hay como los santos para no conocer obstáculos, y el Sr. de Segur era un santo. Invitado por Pío IX á emitir su parecer, el piadoso y ocurrente cura pronto hubo

(1) Memorias de monseñor de Bonnechose (*Vie de Mgr. de Bonnechose*, por Mgr. Besson, tomo I, págs. 317-320).

(2) Marqués de Segur, *Souvenirs et récits d'un frère*, tomo I, página 194.

improvisado su solución. Propuso que el papa contentara á todo el mundo, que fuese á París para coronar á Napoleón III, y luego á Viena para coronar á Francisco José. «El viaje á Francia, añadió, matará los restos del galicanismo, y el viaje á Viena será para el protestantismo un golpe mortal.» Así hablaba el Sr. de Segur, sin tener en cuenta que aun las ceremonias más augustas pierden su prestigio al multiplicarse, y que el papa, convertido en distribuidor universal de las santas unciones, descendería del rango de jefe de la Iglesia al de capellán mayor de los reyes. Por natural que fuese la objeción, Pío IX no la formuló. Por el contrario, le encantó aquel lenguaje. «Pues bien, iremos, dijo animado. Pero, si el emperador quiere que yo vaya á Francia, es preciso que me abra la puerta. Que revoque toda disposición, todo decreto contra el Concordato. Dejaré transcurrir tres meses para evitar al arreglo las apariencias de un negocio. Y luego, en marcha. *E poi in carrozza* (1).»

Faltábale al negociador dar cuenta á su soberano del resultado de su embajada. No dejó de hacerlo, é insistió sobre todo en la abolición necesaria y previa de los Artículos orgánicos. Dos meses después, como las vacaciones del tribunal de la Rota le permitieron volver á París, el Sr. de Segur vió al emperador y le encontró poseído de los mismos sentimientos: vivísimos deseos de ser coronado; justa y amplia benevolencia por los intereses religiosos; repugnancia casi invencible por todo acto abiertamente contrarrevolucionario ó tachado de reacción. En su celo para vencer los obstáculos, el confidente del soberano se aventuró á proponer que la coronación se efectuase en Roma, aduciendo como argumento el gran ejemplo de Carlomagno. Napoleón le detuvo con una de esas confesiones que se le escapaban de vez en cuando y que ofrecían una mezcla singular de simplicidad é ironía. «¡La consagración en Roma! ya se me ocurrió; pero en mi juventud llevé allí una vida muy poco edificante para poder presentarme ante los romanos en el piadoso aparato de tan augusta ceremonia, sin provocar maliciosos comentarios.» Los temores de Napoleón no carecían de fundamento. En el Vaticano hubiera podido distinguir más de una cara conocida al través de la máscara de los años. Uno de los miembros del Sacro Colegio, el cardenal Ferretti, ¿no era aquel mismo gobernador de Espoleto, cuya ciudad sitió Luis Napoleón cuando en 1832, de acuerdo con su hermano, invadió los Estados pontificios?

Es raro que en las negociaciones humanas los aplazamientos excesivos no equivalgan á un fracaso. Durante todo el año de 1854 las gestiones continuaron, pero siempre dentro del mismo círculo y cada vez menos activas. Por una y otra parte los testimonios de buena voluntad eran sinceros: en Roma elogiaban mucho la firmeza de Napoleón III en la cuestión de los Santos Lugares; se aprobaba el celo del gobierno imperial en organizar el servicio del clero castrense en previsión de la guerra de Oriente: en París el emperador no apreciaba menos el buen espíritu y la abnegación del clero. Pero, cada vez que se trataba de venir á un arreglo, surgían los obstáculos. En el Vaticano había

(1) Marqués de Segur, *Souvenirs et récits d'un 42e*, tomo I, páginas 195-196.

el temor al Austria, el odio á los Artículos orgánicos no abolidos, las repugnancias del Sacro Colegio: en las Tuilerías había, como lo manifestaba monseñor de Bonnechose en su carta á Pío IX (2), el temor á los legistas y la oposición del antiguo galicanismo. Es de creer también que al monarca francés, que hacía ya dos años que ocupaba el trono, le pareciese un poco tardía la ceremonia; quizá también Napoleón III esperaba que las victorias de Crimea afirmarían bastante su corona, y que esta consagración haría menos necesaria la otra. En esto el Sr. de Segur perdió la vista, y poco tiempo después salió de Roma. Con él desapareció el intermedio piadoso y lleno de abnegación que, en los años siguientes, hubiera podido mantener la alianza ó reparar sus quebrantos. Después de haber estado á punto de reunirse y confundirse en un acto de solemne unión, el papa y el emperador se distanciaron algo uno de otro: marcharán largo tiempo por vías paralelas, dándose de vez en cuando mutuas muestras de simpatía; luego, á pesar de la protección oficial continuada, se consumará la separación moral, de tal modo que Pío IX y Napoleón no tendrán para la historia más que un solo punto de semejanza, la magnitud de las vicisitudes por que pasó el pontificado del uno y que marcaron con un sello tan trágico los últimos años del otro.

V

Aquellas negociaciones no fueron divulgadas. Pero, de ser conocidas, los católicos no hubieran fijado mucho la atención en ellas, pues atravesaban una penosa crisis interior que turbó durante mucho tiempo las mejores almas, dejó en las costumbres amargos resentimientos y no se apaciguó sino con la desaparición de los principales actores.

Durante el régimen de Julio, para sostener los intereses de la Iglesia, creóse un periódico titulado *El Universo*. Después de algunos años de una existencia más precaria que brillante, *El Universo* salió del limbo para hacerse famoso, gracias á la realización del deseo de sus propietarios de ver al frente del periódico un publicista enérgico y batallador que llamase grandemente la atención pública. Pero la alegría de los años fué temperada en seguida por la sorpresa, las inquietudes y los presentimientos. Habían encontrado el hombre «enérgico y batallador» que buscaban, pero resultaba que lo era en demasía.

Luis Veillot, que así se llamaba, no procedía en su origen del partido que había de ilustrar y trastornar á la vez. Su juventud, empleada en oscuros trabajos del periodismo ministerial, había transcurrido, no en la irreligión, pero sí en la indiferencia. En su viaje que hizo á Roma fué impresionado en el alma por las grandezas católicas. «Cada vez me acerco más, escribía, al que suple á todo y de todo consuena (3).» Estas piadosas palabras dejaban adivinar una conversión próxima. Esta fué tan completa como pronta. El joven publicista regresó á París resuelto á consagrar á Dios todas sus fuerzas, su talento, su porvenir, su vida entera. Y se las con-

(2) Carta de 4 de enero de 1854 (*Vie de Mgr. de Bonnechose*, por Mgr. Besson, tomo I, pág. 483).

(3) Carta de 9 de mayo de 1838 (Luis Veillot, *Correspondance*, tomo IV, pág. 21).

sagró, en efecto, con la más sincera valentía, aunque bajo una forma inusitada hasta entonces.

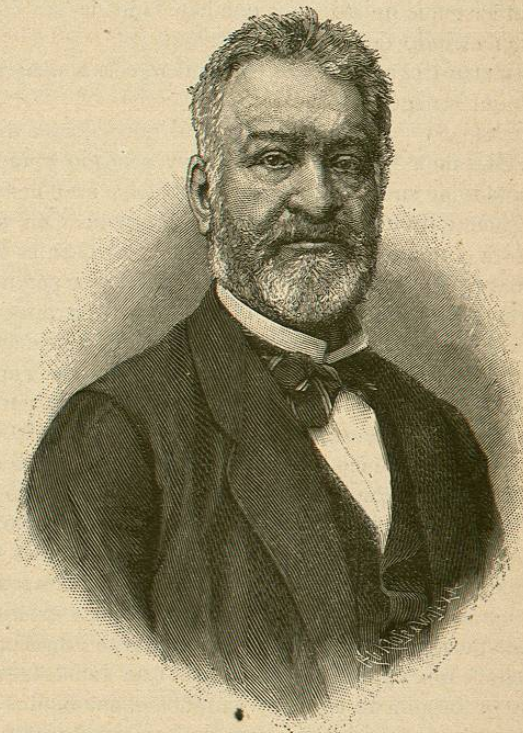
Al principio del Imperio, Veillot llevaba diez años de redactor en jefe del *Universo*. Había inaugurado para los católicos una actitud nueva. A principios del siglo XIX, nuestros padres habían reanudado sus prácticas religiosas con devoción, pero con timidez, como si la sonrisa de Voltaire aún les hubiese perseguido: no sólo no salían de sus templos, sino que de buena gana los hubieran reducido á las proporciones de aquellos misteriosos oratorios en que durante la Revolución celebraban su culto; con el pretexto de que el ruido no hace ningún bien y de que el bien no hace ruido, guardaban silencio al extremo de parecer que habían muerto: su humildad sabía á humillación. Montalembert, con la noble intrepidez de su gran corazón, había emprendido ya, desde 1830, una campaña de más ardimiento y osadía de espíritu. Lo que era altivez en Montalembert era provocación en Veillot. Este confesó su fe sin respetos humanos y como en una especie de reto. «Italia me ha hecho católico,» escribió en cierta ocasión. A sus ojos, Italia era Roma y Roma era el papa: fué ultramontano y lo fué con ostentación. Los calificativos más impopulares, en vez de asustarlo, lo atraían. «*El Universo*, decía él, es en la prensa lo que los jesuitas en la Iglesia.» Defendía la Iglesia en conjunto, en sus dogmas, en su historia, en sus ministros, y si en algún punto la apología difícil parecía abandonada, allí afluí su numen formado de paradojas y abnegación. Se complacía en romper todos los moldes modernos. Un día, en 1851, como le hubiesen puesto en candidatura para la Asamblea legislativa, contestó con estas palabras desdenosas: «No pertenezco á ningún partido; no quisiera entrar en la Cámara más que como *sacristán* (1).» Esta frase pinta bien el carácter particular de su humildad y quizá también de su orgullo: para defender á la Iglesia hubiera desempeñado cualquier papel.

Tan singular actitud necesitaba más talento que audacia, y el talento de Veillot era considerable. Instintivamente había penetrado en los secretos de la lengua francesa. En su mano este maravilloso instrumento daba todos los sonidos, interpretaba todos los matices, se amoldaba á todas las impresiones de la cólera y del desprecio, de la tristeza ó de la ironía. Había nacido escritor, y lo comprendía tan bien que su pluma llenó siempre sus ambiciones. De numen original, espontáneo y franco, era uno de esos privilegiados cuya fecundidad produce sin agotarse nunca. De palabra libre con su poco de realismo, se hubiera extralimitado en su libertad si sus escrúpulos ó los de sus lectores no le hubiesen puesto freno. Más incisivo que mesurado, más vigoroso que elegante, á veces caía en la vulgaridad; pero aun esta vulgaridad era uno de sus artificios para impresionar los espíritus. Por la profundidad del pensamiento recordaba á La Bruyère; por el giro imprevisto del lenguaje, por la poderosa exageración de las proporciones, hacía pensar en Rabelais. A veces el alma del gran periodista se enternecía. Ora para elogiar á los seres queridos que arrebatada la muerte, ora para expresar sus inquietudes ó sus goces, encontraba acen-

(1) Carta de 25 de mayo de 1851 (*Correspondance*, tomo IV, página 316).

tos de una ternura emocionante ó de una sublimidad incomparable. Su estilo aparecía entonces lleno de delicadezas y su pensamiento se manifestaba con una gracia encantadora. Pero estas ternuras eran fugaces. Pronto recaía en su habitual cuidado, que consistía en sorprender el lado flaco de su adversario para abatirlo y usar sin piedad de la victoria.

Lo más extraordinario es que aquel talento, libre hasta la licencia, pudiese adaptarse al partido católico. Se habían visto escritores de su temple, pero antirreligiosos, ó cuando menos escépticos. Por un extraño contraste, el más impetuoso de los polemistas era también el más creyente de los fieles. Pero las aceradas flechas lanza-



Luis Veillot

das de la sacristía caían como lluvia sobre el campo enemigo y se perdían á veces en los linderos. El rudo adversario tenía odios vigorosos y tenía muchos. Odiaba á todos los detractores de su fe, les odiaba sin tregua y sin piedad. Odiaba á los neutrales, á los indiferentes, á los eclécticos. Odiaba ciertas tendencias, el egoísmo burgués, la gravedad universitaria, el formalismo parlamentario. Sus desconfianzas se extendían á todos los que, aun dentro del catolicismo, le parecían de ortodoxia sospechosa ó de celo entibiado: para éstos reservaba algunos de sus dardos más afilados; y como se trataba de antiguos amigos cuyos puntos flacos conocía, no dejaba de herirlos en lo más vivo.

Al cabo de diez años de periodismo, Veillot tenía su partido, sus clientes fieles, casi sus fanáticos. Los más importantes eran los miembros del clero rural, que estaba casi enteramente de su parte. Todo lo que éstos odiaban Veillot lo combatía. Todas las tiranías, grandes ó pequeñas, que habían soportado sin atreverse á sacudirlas, el director del *Universo* las abatía bajo el ridículo y el desprecio. Veillot les surtía de ingenio, de argumentos, de literatura, hasta de teología, con una